



*La Novela Femenina  
Cinematográfica*

*Publicación semanal de asuntos de películas.*

*Redacción y Administración:  
Diputación, 292. - Barcelona*

*Año I*

*Núm. 45*

*LA NIÑA "BIEN"*

*Deliciosa comedia americana,  
interpretada por la gentil artista*

*MARION DAVIES*

*PRODUCCIÓN PARAMOUNT*

*Exclusiva de*

 **SELECCINE S. A.** 

# LA NIÑA "BIEN"

## *Argumento de la película*

Ethel Hoyt se ofendería si alguien la llamara coqueta, precisamente porque lo era: hija única de padres millonarios, era una niña "bien", como ahora se dice; una joven "educada a la moderna", como han dicho siempre, de todas las hijas un poco descasadas, las madres que olvidaron con la edad lo que ellas fueron en sus mocedades.

No era precisamente que la madre de Ethel estuviese dominada por su hija; pero lo que sí parecía cierto era que nunca había sabido educarla.

Ethel, como todas las tardes, se disponía a salir sola en dirección al Kursaal. Contemplándola su madre con una sonrisa un poco amarga, ella la acarició diciendo:

—Supongo que vas a llamarme incorrigible como de costumbre, ¿verdad, mamá?

—Incorrigible no, Ethel... Pero no me parece bien que salgas tan tarde, hija mía.

—Si van a dar las cinco...

—¿Te has olvidado de que hoy es el cumpleaños de tu padre?

—No, mamá, no me he olvidado—respondió Ethel

3  
con zalamería—, y supongo que le va a gustar mucho el regalo que le he comprado.

Alborotada desató un paquete mostrando a su madre un magnífico estuche para fumador.

—Chiquilla, te habrá costado un dineral...



*Ethel Hoyt se ofendería si alguien la llamara coqueta.*

—¡Oh!—contestó ella con un gracioso mohín—. Dije que se lo cargaran en su cuenta...

Dispuesta a salir, Ethel contempló ante el es-

pejo, por última vez, su figura rubia y elegante y retocó con el lápiz rojo su perfumada boquita.

—Cuando yo tenía tu edad no me hubiera atrevido a hacer esas cosas—dijo su madre.

—¡Oh!, tú eres una mamá muy antigua, pertenes a otros tiempos. Por eso encuentras mal todo lo que yo hago. Adiós, mamá.

—Pero... ¿y esas medias, Ethel? ;Será posible que te atrevas a salir con ellas a la calle?

La joven movió la cabeza contrariada. ¡Qué cosas se le ocurrían a mamá! Claro que sus medias eran de una transparencia demasiado fina, de un calado que dejaba ver en su totalidad la rosada pierna, pero... ¿había algo más natural?

—Me figuro, mamá, que no querrás que salga sin medias...

La señora Hoyt estaba verdaderamente indignada.

—Haz lo que quieras. Pero, ¿ni siquiera hoy puedes quedarte en casa?

—Mamá... ¿Qué dirían mis amigos si no voy al Kursaal a tomar el té y a bailar con ellos?

—¿Te has olvidado ya de que esta noche vas a ir al teatro con tu padre y conmigo?

—Todavía falta mucho tiempo para la hora del teatro. Tú no puedes hacerte idea de lo que es tener cuatro pretendientes que le hagan a una el amor al mismo tiempo... Hasta más tarde, mamá.

Y envolviéndose en su riquísimo abrigo, salió cantando el último "couplet" de moda. La señora Hoyt vió marchar a su hija con profundo abatimiento. Aquella criatura era su martirio, su obsesión: quería hacer siempre su santísima voluntad. Vivía una existencia independiente, saliendo todas

las tardes y tomando el té en algún *restaurant* con tres o cuatro estudiantes, tan necios como ella.

También el señor Hoyt estaba hasta la coronilla de Ethel. Aquella tarde se sorprendió desagradablemente al enterarse de que había salido.

—Supongo que *tu* hija—dijo mientras se paseaba muy nervioso—se habrá olvidado por completo de que hoy es el día de mi cumpleaños... y de que me estoy muriendo de hambre...

—Ya sabes lo que es *nuestra* hija—contestó su mujer, queriendo disculparla—. Me parece que lo más acertado será que nos pongamos a cenar sin esperarla.

Fueron a la mesa, pero antes la madre de Ethel enseñó a su esposo el regalo de la chiquilla.

—Ethel se ha acordado de ti.

El señor Hoyt aclaró su rostro con una sonrisa.

—Aunque no pienso usarlo en todos los días de mi vida—dijo contemplando el regalito—, admiro el buen gusto de mi hija.

—Me alegra que te guste... porque Ethel ha mandado que te lo cargaran en tu cuenta.

—¡Caramba! ¡Bonito modo de hacer obsequios! ¡Es tremenda esa Ethel!

Mientras sostenían esa conversación, en el elegante Kursaal, donde se bailaba y tomaba el té, Ethel se entregaba a las delicias del *shimmy* entre sorbo y sorbo de la aromática infusión de moda. La acompañaban en la misma mesa tres estudiantes, que eran felices al lado de la niña "bien".

Ethel se dispuso a marchar más temprano que de costumbre.

—¿Ya te vas?

—Sí, hoy no puedo quedarme. He invitado a mi padre a ir al teatro... Hoy es su cumpleaños y voy a llevarle a que vea a su actor favorito... ese primo de Nalia Mc. Cabe, que se dedicó al teatro y que dicen que vale una burrada como artista.

Reía con desenfado, con ligereza propia de mujer acostumbrada a sus caprichos.

—Yo creo que debe ser un pelma—añadió—, porque no hace más que dramas clásicos. Si queréis venir a mi palco a pasar un mal rato... Creo que hoy dan "La fierecilla domada", de Shakespeare. Vaya novedad!

—El drama es aburrido—repuso uno de los estudiantes—; pero, chica, si tú vas no te dejaremos sola... Oye, ¿qué tal es el "papá"?

—Un buen hombre. Podéis estar tranquilos. Prestaré toda su atención a la comedia...

Y Ethel, acompañada de sus encantadores amigos, salió del *restaurant*.

En casa de los Hoyt transcurría la comida silenciosa y triste. La ausencia de la hija parecía preocupar al matrimonio. De pronto la señora rompió a hablar:

—Guillermo, tenemos que hablar seriamente acerca de nuestra hija.

—Pues... ¿qué ocurre? ¿Alguna nueva travesura?

—Te digo, Guillermo, que las cosas toman muy mal cariz cuando una mocosa de diez y ocho años se empeña en dar lecciones a su madre.

—¿Qué es lo que pasa a Ethel? ¿Quieres hacer el favor de decírmelo?

—Yo creo que tiene un ataque agudo de juventu-

tud, y además se le ha metido en la cabeza que es una belleza.

Sonrió el señor Hoyt, y como si nunca se hubiera mirado en el espejo, contestó:

—¡Claro que es una belleza! ¡Como que es el vivo retrato de su padre!

—Déjate de bromas, Guillermo. Ella se figura que todos los hombres tienen que rendirse a sus encantos. Mira qué he encontrado en su cuarto.

Y le enseñó un libro, de lujosa encuadernación.

—Es el diario de Ethel—continuó—. Se lo ha dejado olvidado y lo he hojeado. Te lo he traído para que te enteres de lo que dice.

El señor Hoyt abrió el libro al azar y leyó en una de sus páginas lo siguiente:

*Mi último triunfo sobre esa docena de pretendientes graduados en la Universidad de Harvard, me da el convencimiento de que soy capaz de conquistar a cualquier hombre de mundo... Cleopatra debía sentir la misma satisfacción que yo.*

Los esposos se miraron. ¡Vaya frescura la de su hijita!

Pero el señor Hoyt continuó leyendo aquellas páginas tan interesantes y expresivas.

*Quisiera estar más impuesta en el arte de la coquetería, aunque, modestia aparte, puedo decir que no estoy tan atrasadita como parece... Cleopatra no tenía ese "je ne sais quoi" que vuelve locos a los hombres.*

—¡"Je ne sais quoi"!—comentó el padre—. ¿Con qué se comerá esto?

—¡Vete a saber lo que quiere decir con eso!... Cleopatra tenía en sus manos todos los recursos

de su Imperio para satisfacer sus caprichos. Yo no tengo más que a mi padre, y es muy tacaño. Por consiguiente, no puedo valerme más que de mis propios medios para triunfar.

El padre cerró el libro. ¡Aquellos era ya demasiado!

—Oye—le dijo a su mujer—. ¿Cuánto tiempo hace que no has dado unos cuantos azotes a tu hija?

Poco después llegó Ethel de regreso del Kursaal. Saludó y felicitó a su padre, con cierta somnolencia... Los señores Hoyt la miraban preocupados, pensando en aquella chiquilla demasiado moderna, tan fina y superficial, que sólo le divertía el placer.

Se puso a la mesa, rechazando uno por uno todos los platos. Su padre la instó para que comiese.

—Te he dicho que comas, Ethel.

—Perdona, papá—respondió vivamente la chiquilla—. Te he oido la primera vez, pero esos muchachos con quienes trato y que tú llamas títeres mal educados, no me dan esos gritos cuando me hablan...

Tuvo que contenerse el padre para no... pegar a Ethel.

—Para no comer—dijo—, más vale que te levantes de la mesa.

—Me alegro de poder levantarme, papá. Voy a vestirme para el teatro...

Abandonó el comedor y al marcharse dijo:

—Papá, esta noche en el teatro procura tener buen gusto. He invitado a varios estudiantes de Harward a nuestro palco. Estoy segura de que te van a ser muy simpáticos...

—¿Simpáticos a mí esos títeres? Verás cómo arreglo yo a esta coqueta—dijo a su mujer, que había escuchado en silencio la nueva "audacia" de su hija.

La familia Hoyt llegó al palco a tiempo de ver el comienzo de "La fierecilla domada", la obra de Shakespeare.

El señor Hoyt tuvo que aguantar resignado la presencia de los tres títeres que rodeaban a su hija, sin tener para él ni su esposa la menor atención.

Ethel y los estudiantes se aburrieron de lo lindo, pero el señor Hoyt fué poco a poco interesándose en la farsa y en las peripecias a que da lugar el carácter de la "fierecilla", mujer díscola y orgullosa, domada finalmente con sus mismos procedimientos, por el marido.

Mr. Hoyt iba viendo claro. Pues aquella fierecilla, aquel mal genio que parecía querer comerse al mundo, ¿no era algo así como su Ethel?

—La función no me divierte gran cosa—dijo al oído de su mujer—, pero me ha dado una buena idea para corregir a la muchacha.

Finalizado uno de los actos, se dirigió al "camerino" del "domador" de la fierecilla, el gran actor Ernesto Edisson, un artista que no contaba solamente con admiradores, sino con muchos y muy buenos amigos, entre los cuales estaba el viejo Hoyt.

En pocas palabras le expuso su proyecto.

—Se trata de mi hija Ethel... Esa loca se imagina que porque media docena de estudiantes, tan locos como ella, le hacen el oso, todos los hombres se enamoran de ella en cuanto la ven.

—Bueno... ¿y qué pretende usted de mí?

—Mira, haremos qué te la presenten y quiero que le hagas creer que estás enamorado de ella... Cuando se lo haya creído, desengáñala y déjala...

—Amigo... no veo eso tan fácil.

—No lo creas. Los títeres con quienes ha mar- poseado hasta ahora son todos unos chiquillos. No te será difícil desbancarlos...

El gran actor, que era joven y simpático, ten- diéndole la mano respondió:

—Convenido. Acepto el encargo.

—No olvides—recalcó Hoyt—que se trata sola- mente de "domarla"... Cuando hayas cumplido tu misión, tienes que dejarla.

Al siguiente día por la tarde, Ernesto esperaba en el Kursaal a Ethel y al pollo que le servía de escolta.

Ocupaba una de las mesitas, acompañado de un amigo suyo, antiguo concurrente al Kursaal que también conocía a Ethel.

Cuando la vió llegar, con un joven estudiante, rogó a su amigo que le presentara.

—Espérate—dijo éste levantándose—, que voy a hablar con ella.

—No te olvides de cómo has de decírselo, ¡eh?

—Descuida.

Ethel había ocupado su puesto de costumbre. Sus ojos pintados observaron lentamente a todos los "pollos" del *restaurant*. Al ver a Ernesto que tam- bién clavaba sus miradas en ella, sintió algo así como una ligera turbación... Conocía a Edisson por los retratos que constantemente aparecían en las re- vistas. Un hombre así debía ser interesante...

El amigo de Ernesto fué a saludarla y luego, señalando al actor, dijo:

—Dice que desea ser presentado... Hace alar- de de que las muchachas jóvenes, aunque le di- vierten mucho, no le preocupan lo más míni- mo.

Sintió Ethel su orgullo herido. Ella, que se con- sideraba irresistible...

—Y debe ser verdad—continuó el amigo, que lle- vaba admirablemente estudiada su lección—, por- que tiene fama de aborrecer a las mujeres...

—Préstemelo—dijo ella con una sonrisa. Y lue- go murmuró al estudiante que estaba con ella—: Verás cómo le tomo el pelo...

Cuando Edisson besó su mano, Ethel le invitó a sentarse, y con aire de cansancio, dijo:

—Me siento fatigada de veras, señor Edisson. Además—continuó con una mirada de burla—, una mujer de mi edad no puede encontrar mucho pla- cer en el baile. Vengo aquí con el único objeto de cono-*c*er y estudiar tipos...

Ernesto se desconcertó.

—No la creía a usted así, señorita Ethel.

—Pero, Ethel...—dijo el estudiante—. Recuerda que me has prometido este baile...

—Si te lo he prometido, no me queda otro re- medio que cumplir la promesa.

Y levantándose lúgicamente fué con el estu- diante a bailar un fox delicioso.

A Ernesto, aquellos aires de mujercita seria le habían parado los pies. ¿Dónde estaban la lec- tura, la frivolidad de la niña? Sin embargo, no que- ría abandonar tan rápidamente la partida.

Cuando ella volvió del baile, con una sombra de

mélancolia, de mujer que le cansa cuanto ve, Ernesto dijo:

—Lo admirablemente bien que ha bailado usted me demuestra que no está tan fatigada como dice.

Ethel, mientras tomaba breves sorbitos de té, le respondió con impasibilidad:

—En verdad, señor Edisson, que a pesar de ser un hombre inmune a los encantos femeninos, tiene usted una discreción asombrosa.

—Y usted, señorita—repuso picado Ernesto—, si no se da cuenta de que en su presencia no hay hombre que pueda presumir de inmunidad, carece en absoluto de discreción...

El estudiantillo escuchaba con ojos de asombro aquel duelo de palabras.

—Tiene usted mucho ingenio, señor Edisson—continuó la chiquilla dispuesta a poner en ridículo al actor—. ¿Está usted conversando conmigo o está recitando alguno de sus papeles de drama clásico?

—Estoy diciendo la verdad.

—Es cierto—añadió Ethel con una sonrisa helada—que los actores no son realmente inteligentes, sino que lo parecen, gracias a las cosas bonitas que los autores les hacen decir?

No contestó Ernesto. ¿Para qué? Aquella mujer le había vencido de antemano. Se despidió de ella fríamente, dispuesto a no volverla a ver. Luego se encaminó al teléfono y llamó al señor Hoyt.

—Renuncio a seguir adelante con su encargo, señor Hoyt.

—¡Qué pronto te has dado por vencido!

—Si quiere usted romper el hielo del corazón de

su hija, busque alguno que lo haga con un pico de acero...

—Ernestillo... Tú no puedes abandonar esa buena obra. Recuerda que lo prometido es deuda... Deja que le hable yo esta noche y te aseguro que mañana volverá a ti ella misma.

—Su primer impulso fué negarse, pero ¡era tan amable el señor Hoyt!...

—Está bien. Volveré a probar, pero me parece que no conseguiré nada.

Ethel tenía la costumbre de hacerse esperar para la cena y aquel día no hizo excepción a la regla.

Había regresado furiosa. Aunque se había burlado de Ernesto, por primera vez en su vida encontraba un hombre, no ya frío ante su belleza, sino que la desafiaba asegurando que ninguna mujer se apoderaría de su corazón.

—Vamos a cuentas, señorita—le dijo su padre al verla entrar—. Acabo de enterarme de que ahora te ha dado por los actores...

Ethel quedó sorprendida. ¿Cómo sabía ya aquello? Pero al propio tiempo la molestó la nueva imposición de su padre.

—El actor a que te refieres es amigo tuyo, papá, y creo que primo de Nalia Mc. Cabe...

—Pues te prohíbo que hables con él.

Ethel no toleraba que nadie gobernase sus actos. Bastaba que le aconsejasen una cosa para que ella hiciese completamente lo contrario. Así, contestó aprestándose a defender al que su padre atacaba:

—Pero, papá..., si es un hombre muy bien educado.

—Sea de la familia que sea—repuso el padre con fingida gravedad—, yo no quiero que mi hija ande por ahí con un actor que no tiene la historia muy limpia. ¡Si yo te contase! ¡Hay cosas capaces de poner los pelos de punta a un padre de familia!

—¡Vaya con Ernesto!—suspiró Ethel.. De modo que era Don Juan orgulloso... Y se había resistido a ella...

—No veo el menor mal, papá, en que continúe con él...

—¡Basta! No quiero que andes por ahí con ese actorcillo de porra...

—Está bien, papá—respondió Ethel con un lloriqueo nervioso—. ¡Qué vida más imposible nos obligan a llevar a las jóvenes del día, con tantas prohibiciones, esos papás del siglo pasado!

\* \* \*

A la tarde siguiente, después que Ernesto hubo ingerido litro y medio de te, la esperanza de ver a Ethel comenzaba ya a desaparecer entre los últimos sorbos de la bebida...

Peró, cuando ya se marchaba, la vió llegar con una sonrisa más amable que el día anterior.

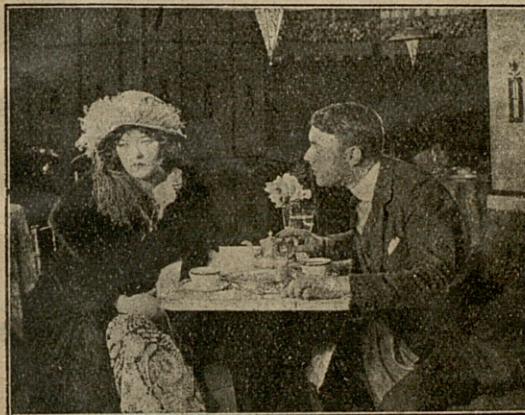
—He venido únicamente para decirle a usted que papá me ha prohibido que vuelva a hablarle...—le dijo ella al sentarse a su mesa.

—¿Por qué motivo?... ¡Es que tengo tan mala fama?... Cuénteme usted...

—Yo estoy de acuerdo con papá... pero...  
¡Ah, la niña rebelde! Por no hacer lo que le

mandaba su padre, estaba allí al lado de aquel hombre que casi pretendió humillarla. Y luego... deseaba... deseaba si... hacerle ver que ella era la "única", que sus triunfos de amor no habían sufrido ningún tropiezo. Y también... hay que confesarlo... no le era tan indiferente como todo eso...

Pasaron la tarde juntos. ¡Oh, era interesante



—He venido únicamente para decirle a usted que papá me ha prohibido que vuelva a hablarle.

aquel hombre! Se hicieron muy amigos; hasta Ethel por primera vez desdén a sus estudiantes para bailar con el actor... ¡Si el papá se enteraba!

Desde aquel día, el actor y la niña "bien" se reunieron muy a menudo y aunque Ethel lo disimulaba por orgullo, llegó a enamorarse seriamente...

Una tarde se encontraron en la suntuosa morada de Nalia Mc. Cabe, la prima de Ernesto, una soltera ya entrada en años y muy aficionada a organizar fiestas de caridad...

Se hablaba de una comedia de hadas que iba a representarse en breve, organizada por Nalia.

—Nos hemos vuelto locos—dijo ésta—buscando una joven que se encargue del papel de princesa en "La Bella Durmiente"... La señorita Hoyt es la más indicada...

Ethel sonrió y contestó con su natural desenfado:

—No tengo inconveniente... Pero me gustaría más representar en una obra en la que tuviera que hacer el papel de Cleopatra... Me parece que se adaptaría mucho mejor a mis aptitudes...

Algunas damas se escandalizaron... Ernesto tosió fuertemente para disimular... ¡Aquella Ethel decía cada cosa!

—Pero...—siguió diciendo la chiquilla—haré de Princesa en "La Bella Durmiente"... si tú, Nalia, consigues que tu primo se encargue del papel de Príncipe...

El golpe era directo... Ernesto sonrió satisfecho de aquel favor que solicitaba de él. ¡Ah, orgullosa! Ya iría aplacando su genio...

—¿Quieres encargarte?—le preguntó Nalia...

—No puedo... tengo mucho trabajo en el teatro...

Ethel le miró iracunda. ¡Otra vez la humillaba! ¡Oh! ¿por qué motivo la despreciaba aquel hombre y ella aguantaba todas sus burlas?

Ernesto, como si para él no tuviera aquello el menor interés, prosiguió:

—No tengo que salir hasta el final, ¿verdad?...

Cuando el Príncipe despierta a la Princesa y a toda su Corte, ¿no es eso?

—Sí...

—Pues... entonces... haré un sacrificio...

Y sonrió a Ethel con una mirada de triunfo, como si se dignase protegerla. La muchacha, furiosa, se dispuso a marchar, y cuando Ernesto pretendió acompañarla, respondió rápidamente:

—Dispíñseme usted... pero prefiero ir a casa sola.

Mientras el coche la conducía a su hogar, Ethel sentía odio hacia aquel hombre... del que estaba enamorada... ¡Oh! era el más grande desprecio que ella recibiera en su vida de triunfo. ¡Cuántos hombres hubieran suspirado por tener la dicha de representar junto a ella! Y Edisson, en cambio, parecía que otorgara un favor...

Entró en su casa con el semblante angustiado.

—No me encuentro bien. ¿Me dispensaréis que no cene con vosotros?

—Pero ¿qué te pasa, hija mía?—dijo la madre súbitamente alarmada.

—Mé siento muy cansada, mamá... Cansada de los hombres... y de todos.

Cuando subió a su habitación, el señor Hoyt se frotó las manos, sonriente:

—Esto va bien... Déjala ahora sola... Es la medicina que comienza a surtir su efecto.

Ya en su alcoba, Ethel rompió en dos pedazos el retrato de Ernesto que guardaba en la cartera, quiso escribirle una carta... Pero... nada hizo... Lo malo era que se sentía... enamorada.

Los incontables balles no le dieron a Ernesto grandes ocasiones para domar a la fierecilla, pero

confiaba en que durante los ensayos de la función de caridad organizada por su prima, tendría más suerte...

Iba a dar comienzo uno de los ensayos, cuando la señorita Hoyt no había comparecido aún. Ernesto se impacientaba...

Cuando la vió, después de una larga espera, la



—Me siento muy cansada, mamá... Cansada de los hombres... y de todo.

interrogó con aire severo, de verdadero director.

—¿Cómo llega usted tarde, otra vez? ¿Y sus trajes? ¿No los ha traído usted?

Pero aquel día, Ethel venía dispuesta en plan de combate.

—Sí, Ernesto—contestó—. Y supongo que no le

molestará que traiga a los muchachos... Alguien tenía que cargar con las cajas...

E introdujo en el salón a tres pobres estudiantes, cargados con enormes cajas de vestidos.

La presencia de los jóvenes, molestó a Ernesto, que—también hay que decirlo—comenzaba a interesarle Ethel más de lo conveniente...



...e introdujo en el salón a tres pobres estudiantes cargados con enormes cajas de vestidos.

Mientras se ensayaba la obra, los estudiantes bromearon entre sí, con tal barullo que Ernesto exclamó:

—¡Así no es posible ensayar! ¡No pueden ustedes callarse?

Nalia intervino para que los muchachos dejaran

de alborotar, y como no obedecieran, con muy buenos modos les invitó a marcharse.

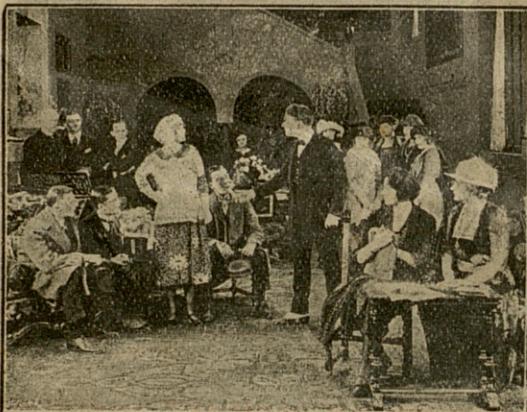
Ethel puso el grito en el cielo.

—Está bien... Si se van, yo me iré con ellos...

—Sea usted razonable, Ethel...

—Que entren de nuevo, o me voy...

La fierecilla sacaba aun su genio... Ernesto, para



—*Así no es posible ensayar! ¡No pueden ustedes callarse!*

evitar un escándalo, se resignó a que entrasen otra vez los chicos.

—Muchachos—les dijo Ethel sonriendo—, el señor Edisson quiere daros una explicación.

—¡Yo! ¿Quién le ha dicho a usted esto?...

—Pues si no lo hace, no quiero interpretar mi papel...

—Ethel, es usted terrible...

Y tuvo que rogar a los estudiantes que perdonaran el incidente.

Ethel estaba contenta. Había devuelto uno de los golpes, una de las burlas a Ernesto. Aquella tarde, había demostrado ella su superioridad.

Después del ensayo, cuando Ernesto se vió solo, se acusó de haber sido condescendiente y débil... Pero es que también estaba enamorado de Ethel... Había empezado aquello como una comedia que preparó el padre de la joven, pero, desdichada o felizmente, el amor había tomado cartas en el asunto.

Y si transigió, fué porque Ethel no se marchara, si consintió que aquellos tres chicos quedasen allí, fué porque sentía hacia la joven algo que, contra su propia voluntad, le dominaba.

\* \* \*

Lleváronse a cabo varios ensayos. Instintivamente, se sentían atraídos, Edisson y Ethel, pero sin confesarse, orgullosos, su pasión.

Nalia Mc. Cabe invitó a sus amigos íntimos al ensayo general de "La Bella Durmiente".

Ethel, vestida con un traje de finas perlas, era una verdadera hada, la princesa del cuento. Ernesto la miraba con pasión...

Levantóse el telón y comenzó la dulce historia de galanía:

*Una vez hubo un Rey y una Reina que invitaron*

a las seis Hadas Buenas al bautizo de su hija, la Princesa Aurora. Pero el Rey se olvidó de invitar a Horrolina, el Hada Mala y ella para vengarse juró que un día la Princesa Aurora se pincharía un dedo con el huso de una rueca, y que, a consecuencia de ello, moriría sin remedio. Pero la maldición de Horrolina no se cumplió en todas sus partes. En



Instintivamente, se sentían atraídos Edisson y Ethel...

vez de morir, la Princesa Aurora se quedaba dormida por cien años, pues así lo quiso la última Hada Buena... El Rey mandó quemar todas las ruecas del reino. Y todas fueron destruidas, menos una... Pasaron los años y Aurora se convirtió en una hermosísima Princesa...

Los invitados escuchaban con interés... Iba a salir Ethel, la Princesa. Y siguió el cuento de oro...

Un día, la Princesa, atraída por una trampa fué a la cabaña de Horrolina, quiso hilar y se pinchó con la rueca... Trasladada a su palacio, quedó dormida. Una hada joven, anunció: "La Princesa dormirá hasta que un Príncipe llegue para despertarla



Ethel, vestida con un traje de finas perlas, era una verdadera hada.

con un beso...

Cayó por segunda vez el telón. Todos felicitaban a Nalia por el éxito...

La señora Hoyt dijo a su marido:

—Estoy pensando, Guillermo, que una noche le

dijiste a Ethel que no querías que volviese a hablar con el señor Edisson.

—No te preocupes por eso, mujer, todo marcha a pedir de boca...—contestó sonriendo.

Entre bastidores, Ernesto se había acercado a Ethel que estaba más hermosa que nunca. Era parecida a su presencia...

—¿Por qué se muestra usted tan esquiva conmigo, Ethel? ¿No le parece que es usted injusta?

—Injusta!... Usted es el que tiene la culpa. Con ese genio no sabe una cómo tratarle...

Se amaban los dos, sin decírselo, sin querer confesárselo... A Ernesto le importaba ya un bledo el plan concertado con el señor Hoyt... Amaba verdaderamente a Ethel que... ya era otra... ¡el amor la volvía seria!...

—Si supiera que usted me amaba de verdad?—insinuó Edisson...

Y ella, triunfadora, viendo rendido a aquel hombre, contestó:

—Y a usted qué le importa saber o no saber nada de mí?

Les llamaron a escena. Descorrióse de nuevo la cortina... El reino de las hadas volvió a aparecer...

*La Princesa dormía. Advertido, el Príncipe, fué al palacio de la Bella Durmiente y la despertó...*

Ernesto, el Príncipe de la función, se había acercado a Ethel, dormida en su lecho de Princesa. Al verla tan hermosa, tan divina, sintió deseos de confesar allí mismo, en plena escena, su amor... Y susitó junto a ella:

—Está usted preciosa, Ethel! Perdone que me valga de esta ocasión para decirle que la adoro.

Y la besó, no un beso furtivo de comediante, sino un beso largo y apasionado de amor.

Ethel despertó y le miró con indignación. ¡Cómo se burlaba de ella! ¡Pero estaba en escena y tenía que sonreír!... Si no, hubiera sido capaz de darle un bofetón.

Cuando acabó el cuento de hadas, Ethel, furio-



*Ernesto, el Príncipe de la función, se había acercado a Ethel, dormida en su lecho de Princesa.*

sa, le dijo:

—Lo que acaba usted de hacer es incalificable... Jamás volveré a hablarle en mi vida...

Al volver a casa, la humillación recibida agobió a Ethel. ¡Oh! aquel hombre hacia de ella lo que se le antojaba. Estaba vencida... Era más fuerte

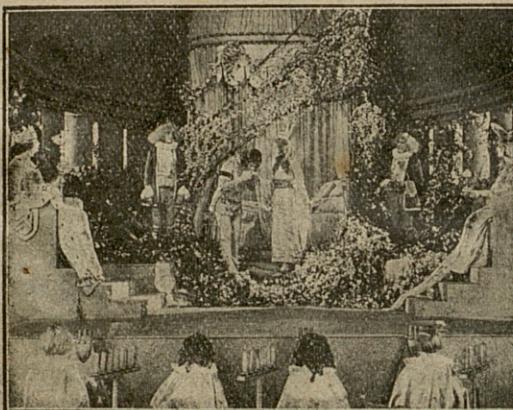
Ernesto... Por primera vez sentía que un hombre la dominaba...

—¿Qué le pasa a Ethel?—comentó la madre.

—Ahí la tienes, domada completamente. Ahora puedes hacer de ella lo que se te antoje.

—Es posible?

—Sí... Ethel—dijo su padre llamándola—. Si has



...Pero estaba en escena y tenía que sonreir...

de estar sentada, es mejor que vayas a mudarte de ropa.

Obedecía en todo... Ethel estaba herida... Había comprendido que en el mundo había otras voluntades superiores que era preciso acatar...

Media hora después, llegaba Ernesto Edisson dis-

puesto a dar una explicación a su adorada Ethel. ¡Oh! quería confesárselo todo, explicarle la comedia que había representado.

—Oiga usted, señor Hoyt. He sido un majadero... y quiero que ella lo sepa...

Hoyt sonreía satisfecho:

—Chico, está ya completamente domada... Falta



Ethel estaba herida. Había comprendido que en el mundo había otras voluntades...

sólo el golpe final... Ahora que está enamorada de ti, la abandonas y habremos acabado la obra...

—Escuche usted, señor Hoyt... Yo quiero decirle...

—Silencio...

Bajaba Ethel, a la que su madre había rogado

que fuese al salón donde estaba una visita. Y ella humildemente había contestado: "Me siento muy fatigada para bajar, mamá, pero si papá lo quiere..."

—Te dejo a solas con ella...—continuó el señor Hoyt—. Ya lo sabes. A rematar el golpe... Hasta luego.

Y se retiró a una pieza contigua donde también se hallaba su mujer, a la que dijo:

—Si quieres ver a tu hija completamente domada, espera a que salga...

Cuando Ethel vió ante sí a Edisson, le miró con sorpresa y dignidad de mujer ofendida.

—Ethel...—comenzó Ernesto...—he venido para decirle a usted que soy un imbécil, un insolente y un loco, indigno de permanecer deante de usted.

—¿No sabe usted que... después de lo ocurrido todo ha terminado entre nosotros?

—Ethel, tengo que confesar a usted una cosa...

—Su pasado no me interesa lo más mínimo...

—No se trata del pasado, Ethel... Sino de nuestro porvenir... Hace cosa de unos dos meses, su padre de usted vino a buscarme y me dijo que usted necesitaba ser domada. Me pidió mi cooperación. Y durante todo ese tiempo, he estado representando una comedia.

—¿Usted... conmigo...? ¡Oh, qué asco!

Volvióse lívida, sus ojos relampagueaban. ¡Qué indignidad!

Entretanto, en el cuarto contiguo, Hoyt decía a su esposa:

—Aguarda un poco... y oirás un estruendo... Será

Ethel que se arrastra por los suelos pidiendo a Ernesto que se apiade de ella... Y si no quieres creer lo que te digo, mira y te convencerás...

Y abrió la puerta... y quedó viendo visiones... ¡Caramba! ¡Aquello no era lo convenido!

Ernesto estaba arrodillado ante Ethel y decía:

—La amo, Ethel, la amo con toda mi alma...

—¿También fué papá el que le dijo que me declarara su amor?—contestó rabiosa—. ¡Qué rastro, vil y repugnante es esto!

—Ethel, perdóneme... la adoro a usted.

El señor Hoyt estaba asombrado.

—¡Aquí ha debido haber algún error!—dijo...

Pero Ethel amaba... a pesar de todo, a aquel hombre. Había comprendido que en el mundo no basta ser una niña "bien", es preciso ser una mujer enamorada. Pero el odio llameaba aún en ella.

—Salga de aquí...

Marchó Ernesto con los ojos bajos y el paso vacilante. Los señores de Hoyt habían entrado en el salón. Ethel, al ver alejarse a Edisson, al hombre que... quería, sintió que algo clamaba en su corazón.

—¡Ernesto!—le gritó...

El actor se volvió rápidamente y ella, con una sonrisa, le dijo:

—Después de todo, más vale que las cosas hayan ocurrido así... Ernesto, qué buena idea tuvo papá al escogerte a ti... para domarme...

El señor Hoyt sonreía ante aquel desenlace... Había ido todo a las mil maravillas... Y no sólo Ethel quedaba convertida en una chiquilla buena y hu-

milde... sino que Ernesto, el "domador", se casaba con ella...

FIN

Prohibida la reproducción.

Revisado por la censura gubernativa

Con esta novela exija usted la postal-obsequio de

HUGUETTE DUFLOS

*Próximo número*

*La simpática novelita*

## *Estrategia Femenina*

Intérpretes: GLORIA SWANSON

(marquesa de la Falaise de la Coudraye)

WALLACE REID; ELLIOT DEXTER;  
etc.

PROGRAMA AJURIA

Postal-obsequio:

**REGINALD DENNY**

**LA NOVELA FEMENINA  
CINEMATOGRÁFICA**

Sale todos los viernes. Precio: 30 cts.

E. VERAQUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRASA

## NÚMEROS PUBLICADOS

- 1, Genoveva de Brabante.
- 2, Los héroes del mar.
- 3, El testamento del capitán Applejack.
- 4, La orfandad de Chiquilín.
- 5, Sin rumbo.
- 6, Una niña a la moderna.
- 7, La hermana blanca.
- 8, El egoísmo de los hombres.
- 9, La mujer de bronce.
- 10, El árabe (especial).
- 11, Esposas sin amor.
- 12, El ciclón.
- 13, La eterna lucha.
- 14, Malva.
- 15, Mentira amorosa.
- 16, La ciudad del Silencio.
- 17, La princesa de bronce.
- 18, La chispa.
- 19, ¡Oh mujeres, mujeres!
- 20, El delirio del Jazz (especial).
- 21, El fin del mundo.
- 22, El juego de la Novia.
- 23, Pasó la juventud.
- 24, La Medalla del Torero.
- 25, Gracias a ellas.
- 26, Los zapatitos de la suerte.
- 27, Eclipse de estrellas.
- 28, La justicia del Zar.
- 29, El error de una madre.
- 30, Mas fuerte que el odio, el amor.
- 31, La nieta del Bohemio.
- 32, Las víctimas de la maledicencia.
- 33, El mudo acusador.
- 34, El vino.
- 35, El Pirata.
- 36, La encantadora Circe (especial).
- 37, La irresistible Lulú.
- 38, Tin-tin de mi corazón.
- 39, El Vanidoso.
- 40, Cada oveja con su pareja.
- 41, Nobleza de corazones.
- 42, Victorias femeninas.
- 43, Papá Ricardo.
- 44, Firme como el acero.
- 45, La niña "bien".

## Postal-obsequio

- 1, Viola Dana.
- 2, Thomas Meighan.
- 3, Priscilla Dean.
- 4, Herbet Rawlinson.
- 5, María Jacobini.
- 6, Jaque Cate-lain.
- 7, Alice Terry.
- 8, Lew Cody.
- 9, Lillian Gish.
- 10, Harrison Ford.
- 11, Ginette Maddie.
- 12, Rod La Rod-que.
- 13, Betty Compson.
- 14, Glenn Hunter.
- 15, Lois Wilson.
- 16, Charles Ray.
- 17, Enid Bennett.
- 18, Jack Pikford.
- 19, Lya Mara.
- 20, Harry Liedtke.
- 21, May Mac Avoy.
- 22, León Mathot.
- 23, Mary Philbin.
- 24, Owen Moore.
- 25, Betty Bronson.
- 26, Rodolfo Valentino.
- 27, Leatrice Joy.
- 28, Georges Biscot.
- 29, Mae Murray.
- 30, Ramón Novarro.
- 31, Estelle Taylor.
- 32, Hoot Gibson.
- 33, Anita Stewart.
- 34, Alberto Capozzi.
- 35, Mabel Normand.
- 36, Harold Lloyd (El).
- 37, Eva May.
- 38, William Russell.
- 39, Mary Miles Minter.
- 40, Jackie Coogan (Chiquilín).
- 41, Liane Haid.
- 42, Frank Mayo.
- 43, Norma Talmadge.
- 44, Sessue Hayakawa.
- 45, Huguette Duflos.

\*\*\*\*\* LIBRERIA DE LOS HERMANOS SOPENA \*\*\*\*\*  
El interés y la amenidad siguen siendo los mejores valores del popular Magazine-revista

## AYER Y HOY

la publicación que debe leer usted todas las semanas, y que en su número del 8 de Diciembre publica:

BARCELONA EN TRANVIA, (reportaje),  
por Luis Valero.

EL BROCHE DE BRILLANTES, (novela corta), por Rogelio Santigüi.

DOS PESETAS, (diálogo teatral), por SERAFIN y JOAQUIN ALVAREZ QUINTERO

*La Lámpara* (cuento) por JOSÉ BAEZA.

CORAZONES DE HIELO (Novela de aventuras), por JAMES OLIVER CURWOOD, y  
*Por los caminos del mundo, — Cartas de amor, — De la vida frívola, — Novela cinematográfica, — Modas, — Deportes, — Página infantil, — Caricaturas, — Cuentos, — Amenidades, — Chistes, — etc.* OCHO PÁGINAS GRÁFICAS

76 páginas 40 céntimos

De venta en todos los kioscos.

